

RELIGION Y POLITICA EN EL PENSAMIENTO DE TOCQUEVILLE

La obra de Tocqueville ofrece al lector de nuestro tiempo una doble perspectiva. Encerrada en el marco de su época, descubre con lucidez el ocaso de una historia; encaramada sobre el futuro, avizora desde la nueva realidad política la democracia y sus derivaciones en los espíritus, las posibilidades de su devenir. Desde su obra cumbre sobre *La Democracia en América* hasta su último libro *L'Ancien Régime et la Révolution*, el pensamiento de Tocqueville es un largo peregrinaje por desentrañar la realidad que se oscurece y los secretos designios que preparaban el amanecer universal de la democracia.

«El desarrollo gradual de la igualdad de condiciones» como hecho «providencial» y «universal» (1) preside el despliegue de sus planteos. En ellos trata de anticipar los velados caminos de las sociedades del futuro y las consecuencias y peligros que la igualdad acarrea dando a su pensamiento un carácter profético y moralista que alumbra nuestro presente. Sus preocupaciones se hilvanan desde una perspectiva política y desde ella lo jurídico, lo social, los análisis de la conducta humana, las creencias y costumbres forman una orquestada derivación. No hace depender, sin embargo, su pensamiento de una estructura filosófica, sino de marcadas predisposiciones de su espíritu que operan sobre la realidad, ora tratando de encontrar su verificación, ora dejándose inundar por la complejidad de lo observado.

Sus apreciaciones, extremadamente ricas y proyectadas sobre una gran variedad de tópicos, tornan difícil la apreciación sistemática de sus ideas. En medio de sus líneas el despliegue de sus grandes preocupaciones surge, por otra parte, con sutiles y renovadas matizaciones, obligando a detener el juicio ante lo variado del enfoque.

(1) *La Democracia en América*. Ed. F. C. E. Méjico, 1957; pág. 4.

De esta manera, en toda reducción o comentario de sus ideas resulta azaroso ser fiel a sus designios.

El tema de la religión del que he de ocuparme, nutre gran parte de sus libros. Heredero de una vieja historia, enraizado en las tradiciones y en las antiguas creencias, Tocqueville no podía ser ajeno a los problemas religiosos que afligían a su país.

La Revolución, al mismo tiempo que abatía la estructura del antiguo régimen, se volvía contra las convicciones y las costumbres sobre las que se había cimentado. En medio de su curso arrollador, el combate intelectual y político en que se debatían tan ardorosamente las ideas, polarizado entre la Revolución y el antiguo régimen, arrastraba también a la religión. «Los hombres religiosos combaten la libertad, y los amigos de la libertad atacan a las religiones» (2).

Ligada al pasado y a las tradiciones, sus adversarios la abatían en su camino identificándola con las estructuras que se derrumbaban.

Sus defensores se diluían en la corriente. Obligados a cobijarse bajo algunos de los dos frentes en que se libraba la lucha, sus más vigorosos empeños tendían a nutrir las actitudes radicales, oscureciendo sus convicciones en la opción de los acontecimientos.

«L'Eglise, d'ailleurs, était elle même, alors le premier des pouvoirs politiques, et le plus détesté de tous...» (3).

Por otra parte, la incredulidad iba poseyendo los espíritus. Los largos caminos recorridos por la inteligencia desde el siglo XVI, aflorarían en el siglo XVIII con un vigor inusitado. El debilitamiento de las creencias coincidía con el despertar de las luces y la indiferencia se filtraba por entre las antiguas convicciones. Mientras en Europa la religión «s'etteignait doucement et sans bruit dans la doute et la indéfférence, en France on attaqua avec une sorte de fureur la religion chrétienne, sans essayer même de mettre una autre religion à sa place» (4).

Es desde esta patética perspectiva y poblado de inquietudes que Tocqueville descubre a América. El nuevo mundo anglosajón le permitirá arrojar claridad sobre las perplejidades de su

(2) A. DE TOCQUEVILLE: *La democracia en América*. Edic. Fondo de Cultura Económica. México, 1957; pág. 10.

(3) A. DE TOCQUEVILLE: *L'Ancien Regime et la Revolution*. 8.^a edición. París, 1877; pág. 233. Ed. Calmann-Levy.

(4) *Ibid.*, pág. 221.

tiempo; allí verá cómo la Revolución se ha acoplado a las costumbres, cómo la igualdad asentaba su reino pacífico en los corazones religiosos y la religión se conjugaba con la libertad.

«A mi llegada a los Estados Unidos, el aspecto religioso del país fué lo que sorprendió primero mis miradas»; y agregará: «Yo había visto entre nosotros el espíritu de religión y el espíritu de libertad marchar casi siempre en sentido contrario. Aquí los encontraba íntimamente unidos el uno con el otro, reinaban juntos, sobre el mismo suelo» (5).

El puritanismo había marcado a los pobladores del Nuevo Mundo imprimiendo su carácter a la civilización angloamericana. Los primitivos fundadores llevaban junto a sus creencias el hábito de la libertad y «unidos por los lazos más estrechos de ciertas creencias religiosas» se habían sentido «libres de todo prejuicio político» (6).

Estas tendencias dejarían su huella sobre las leyes y las costumbres. «En el mundo moral todo aparece clasificado, coordinado, previsto y decidido de antemano. En el mundo político todo está agitado, puesto en duda e incierto» (7). Cada una de ellas había reconocido sus límites y la esfera de su reinado. La religión veía «en la libertad civil un noble ejercicio de las facultades del hombre; en el mundo político, un campo concedido por el Creador a los esfuerzos de la inteligencia». La libertad ve en la religión «la fuente divina de sus derechos» y «la salvaguardia de las costumbres» (8).

De esta manera habían «podido cambiarse las leyes antiguas sin alterar las antiguas creencias» (9).

El desarrollo gradual de la igualdad de condiciones, las transformaciones de la sociedad y su influjo sobre las inteligencias y las costumbres encontrarían a la religión reinando libre y poderosa en su ámbito. La separación de lo político le permitiría sortear los cambios del tiempo y proyectar sus luces sobre los espíritus.

El hombre americano había llegado a confundir «el espíritu

(5) A. DE TOCQUEVILLE: *La democracia en América*, pág. 316.

(6) *Ibid.*, pág. 40.

(7) *Ibid.*, pág. 41.

(8) *Ibid.*, pág. 41.

(9) *Ibid.*, pág. 412.

del cristianismo y la libertad» de tal manera que le fué imposible hacerle «concebir el uno sin la otra» (10).

«Sé que hay tiempos —pensará Tocqueville— en que la religión puede añadir a esta influencia que le es propia el poder artificial de las leyes y el apoyo de los poderes materiales que dirigen a la sociedad; pero de este modo «sacrifica el porvenir en vista del presente» y contrae una alianza con «poderes efímeros» (11).

El cristianismo había permitido en Europa «que se le uniera íntimamente a los poderes de la tierra. Hoy día esos poderes caen y está como sepultado bajo sus restos. Es un cuerpo vivo al que se ha querido atar a cuerpos muertos; cortad los lazos que lo retienen y volverá a levantarse» (12).

Esta preocupación se la ve asomar repetidas veces en el correr de sus obras y el ejemplo americano se le aparecerá como la única vía posible para la religión en los siglos de incredulidad. En los repetidos viajes por Europa y en sus cartas el tema volverá a nacer con renovado patetismo.

La religión era para Tocqueville una «forma particular de esperanza» y tan natural al corazón humano «como la esperanza misma. Por una especie de aberración de la inteligencia y con ayuda de la suerte de violencia moral, los hombres se alejan de las creencias religiosas, pero una inclinación invencible los vuelve a conducir a ellas. La incredulidad —dirá— es un accidente; la fe sola es el estado permanente de la Humanidad» (13).

Los ministros del culto deberán en el nuevo tiempo más que nunca servir a esta necesidad del espíritu sin inmiscuirse en los negocios públicos; «preferiría —dirá— encadenar a los sacerdotes en el santuario a dejarlos salir de él» (14).

Sin embargo, Tocqueville no recluye a la religión en la intimidad de las almas ni la concibe tan sólo como «un sentiment» o «l'émotion indéfinissable qui semble nous révéler un être infini» (15) a la manera de Constant. A pesar de las coincidencias en cuanto a la necesidad de separar los reinos, el pensamiento

(10) *Ibid.*, pág. 314.

(11) *Ibid.*, pág. 318.

(12) *Ibid.*, págs. 321.

(13) *Ibid.*, pág. 317.

(14) *Ibid.*, pág. 566.

(15) B. CONSTANT: *De la Religión*. París, 1824; tomo I, pág. XVII.

político de Tocqueville descubre las variadas implicancias que ambos tienen y los efectos que la religión proyecta sobre la sociedad.

La religión debía de ser para Tocqueville el basamento de las nuevas sociedades. «El despotismo —dirá— es el que puede prescindir de la fe, no la libertad»; y advirtiendo a aquellos que la pregonan, agrega que «la religión es mucho más necesaria para la república que preconizan que para la monarquía que atacan» (16). Las pasiones que la igualdad traía consigo llevaban a los hombres a despreocuparse de los negocios públicos y los predisponían a la servidumbre. Será difícil para el hombre de este tiempo mantener una completa independencia religiosa y una entera libertad política y «me inclino a pensar que si no tiene fe es preciso que sirva, y si es libre, que crea» (17).

El hombre americano había comprendido que la sociedad libre no puede subsistir sin religión y que ésta era la mayor «garantie de la stabilité de l'État et de la surété des particuliers». En América hasta «les moins versés dans la science du gouvernement savent aux moins cela» (18).

La religión cobraría ante sus ojos también un papel principalísimo en los hábitos sociales. Al influir sobre las costumbres, dando a los ciudadanos moderación en sus gustos y reposo en el hogar doméstico, les daría también un amor al orden que trasladan a los negocios del Estado; de esta manera ejercería un poder indirecto sobre la política. Frente a los pensadores radicales de su patria, el pensamiento de Tocqueville quiere alumbrar sobre las ruinas de lo antiguo aquello que debe ser salvado.

Pensaba que era necesario hilvanar sobre la marcha y desde la religión el tránsito histórico.

Mientras en Estados Unidos «les doctrines les plus hardies des philosophes de XVIII siècle» (19) se habían ensamblado con las antiguas creencias, y en Inglaterra «l'effort de la société elle-même, sans que le gouvernement se mêlat» (20) había rechazado la irreligión de la hora, en Francia esto aparecía como imposible.

(16) Ibid., pág. 315.

(17) Ibid., pág. 447.

(18) A. DE TOCQUEVILLE: *L'Ancien Régime et la Révolution*. Ibid., página 226.

19) *L'Ancien Rég.* Ibid., pág. 226.

(20) Ibid., pág. 226.

La sociedad amenazada por la incredulidad no podría prosperar —pensaba Tocqueville— sin este tipo de creencias que se aceptan sin discutir las. A la sociedad no le interesa una religión determinada; lo que le importa es «que los ciudadanos profesen una religión» (21).

El asentimiento de ideas comunes y «dogmáticas» es el presupuesto de la acción común, de la existencia de un cuerpo social. La incertidumbre sobre las cuestiones fundamentales imposibilita el ánimo resuelto en los negocios cotidianos.

En América, por otra parte, las diferentes doctrinas cristianas habían mostrado su aptitud para la democracia. El catolicismo mismo, observará Tocqueville, «es una de las más favorables a la igualdad de condiciones» (22), y no hay hombres «en los Estados Unidos que por sus creencias estén más dispuestos a trasladar al mundo político la igualdad de condiciones» (23).

Tocqueville, en el correr de sus obras, a pesar de su confesión católica (24), no se aventuraría en la comparación con el protestantismo (25).

La dirección política de su pensamiento le alejaría de toda otra problemática.

Al contemplar, sin embargo, las pasiones que los tiempos de igualdad suscitaban, un moralismo de clara tradición francesa y pascalismo asomará en su pensamiento. Mientras el político alum-

(21) *La dem. en Amér.* Ibid., pág. 311.

(22) «El catolicismo es como una monarquía absoluta. Quitad al príncipe y las condiciones son allí más iguales que en la república.» Ibid., página 309.

(23) Ibid., pág. 309.

(24) La intimidad religiosa de Tocqueville fué poblada de dudas desde temprana edad. Mantuvo durante su vida una incredulidad respetuosa al mismo tiempo que una práctica católica. Sobre su drama religioso y su muerte en la fe, vid. ANTOINE REDIER: *Comme disait monsieur de Tocqueville...* París, 1925, pág. 281 a 299.

(25) Sólo en su viaje a Irlanda sorprendería en un pequeño pueblo la actitud social de un sacerdote católico y un pastor. El primero, preocupado por los humildes, era un ardoroso predicador de la igualdad. El segundo, aliado a la aristocracia, sentía un desprecio grande por el pueblo y una resistencia a admitir sus razones. Contemplando desde una colina cercana al pueblo la pequeña casa del cura y el *chateau* del pastor, Tocqueville reflexiona: «Là la richesse, la science, le pouvoir; ici la force: diversité de langage. Où trouve la vérité absolue?» *Melanges Fragments historique.* París, 1877, 2.^a ed., Ed. Calmann-Levy.

braría los cambios que la igualdad acarrea en los espíritus, el moralista con la mirada en el futuro tejerá junto a los peligros solemnes consejos y prevenciones.

Para comprender su perspectiva será necesario antes detenerse en el marco de su visión histórica.

* * *

Aristocracia y democracia no eran para Tocqueville tan sólo dos formas políticas; eran dos mundos con contenidos propios y montados escalonadamente sobre una historia cuyo curso irreversible la conducía hacia la igualdad. Cuando los nobles gobernaban, el poder, la riqueza y la ciencia conformábanse como sus atributos exclusivos. El pueblo aportaba junto a su trabajo una resignada aquiescencia. Las costumbres y creencias habían asentado los diferentes caminos; y mientras los primeros reinaban confiados, el pueblo aceptaba su destino no osando apetecer aquellos bienes lejanos.

Superadas las antiguas dependencias y acercándose la distancia entre los hombres, una multitud de espíritus semejantes descubriría ante sí secretas posibilidades. El hombre del nuevo tiempo liberado de la estructura que lo cobijaba no encuentra ya nada que lo detenga en su camino. El nacimiento de deseos e inquietudes se levanta en su espíritu sobre un campo sin límites presto a su conquista. El amor al bienestar conduce sus pasos y en el «disgusto instintivo por lo antiguo» se habitúa a confiar tan sólo en su razón.

«La igualdad —dirá Tocqueville— desenvuelve en cada hombre el deseo de juzgar todo por sí mismo, le da en todas las cosas el gusto por lo tangible y positivo, el desprecio de las tradiciones y las formas» (26).

Esa disposición de su ánimo, no encontrando en sus semejantes por otra parte ninguna superioridad, le enseña de su inteligencia y quiere orquestrar el mundo desde sí mismo.

«La práctica diaria de la vida necesita —pensará Tocqueville— de ideas fijas acerca de Dios y de la naturaleza humana y esa misma práctica impide a los hombres el poderlas adqui-

(26) *La dem. en Amér.*, *Ibid.*, pág. 464.

rir» (27). Esas cuestiones agrega «son las que más convienen sustraer a la acción continua de la razón individual y en las que puede ganarse mucho y perderse poco reconociendo una autoridad». La aceptación de estas verdades «si no salva a los hombres en el otro mundo», al menos es muy útil para su felicidad y grandeza en éste» (28).

En tiempos donde el interés personal domina las acciones de los hombres, en que todo los lleva a reconcentrarse en sí mismos y a ocuparse tan sólo de sus propios problemas, a entregarse ansiosamente a la búsqueda del bienestar, la esperanza de contener los espíritus se torna imposible.

El único medio de influir sobre ellos será para Tocqueville tratar, mediante la doctrina del interés bien entendido, de enlazar las preocupaciones del siglo con la virtud. Será necesario demostrar a los hombres que sus propios intereses coinciden con los de la comunidad, inculcándoles de esta manera el sentido de la preocupación por el prójimo y la idea de sacrificio como de verdadera utilidad para el éxito de sus proyectos.

La religión deberá también adecuarse a estas inclinaciones y acoplarse a esta predisposición de los espíritus.

En Estados Unidos los clérigos trataban de armonizar la tierra con el cielo aplicándose por encontrar el punto donde se tocan y relacionan.

«En la Edad Media los sacerdotes no hablaban sino de la otra vida y apenas se fijaban en probar que un cristiano sincero podía ser feliz en este mundo. Los predicadores norteamericanos se dirigen sin cesar a las cosas de la tierra y con dificultad apartan de ella su mirada» y tratando de demostrar la utilidad de las creencias para las cosas de este mundo «es difícil saber —al oírlos— si el objeto principal de la religión es procurar la eterna felicidad en el otro mundo o el bienestar en el presente» (29).

La lenta y progresiva secularización (30) obligaba a un cambio en las perspectivas. La nueva sociedad puesta en marcha y abandonada a su curso histórico, liberada de la antigua comunión

(27) *Ibid.*, pág. 446.

(28) *Ibid.*, pág. 446.

(29) *Ibid.*, pág. 547.

(30) La secularización era para Tocqueville un proceso antirreligioso. (Vid. J. P. MAYER: *Prophet of the mass age*. London, 1939, págs. 101 y 102).

con lo sacro, debía conmover los espíritus alejándolos también de la divinidad.

No le era posible ya a la religión luchar contra las nuevas tendencias «ni separar a los hombres de la contemplación de los bienes de este mundo para reducirlo a pensar únicamente en los del otro» (31), so peligro de perecer bajo la presión de la corriente. La opinión común «es en la democracia —dirá Tocqueville— el mayor y más irresistible de los poderes» y es a la mayoría «a quien se ha de tratar de complacer en todo lo que no sea artículo de fe» (32).

Por otra parte, tales inclinaciones, como la del bienestar, eran necesarias a la dinámica interna de dichas sociedades para su grandeza y prosperidad.

En medio de la corriente, la religión debía intentar conducirla. Si los hombres parecen entregados tan sólo a los goces materiales, a lo concreto cotidiano, a los pequeños placeres que ocupan su tiempo mientras la inteligencia y la imaginación se debilitan, la tarea del moralista ceñido a su tiempo será tratar de elevar las almas alejando el objeto de las acciones humanas; ir habituando los espíritus a trazar distancia en sus objetivos y a levantar los ojos hacia el porvenir.

«En los siglos de fe se coloca el objeto final de la vida más allá de la vida misma», y «los hombres de tales épocas se acostumburan naturalmente» a marchar tras «un objeto inmóvil (33) tanto en las cosas del otro mundo como cuando se ocupan de las cosas de la tierra.» «No se les ve emprender diariamente nuevos proyectos, pero tienen ciertos designios que no dejan de proseguir.» Ello explica «por qué los pueblos religiosos han hecho a menudo tantas cosas duraderas; se ve que al ocuparse del otro mundo habían hallado el gran secreto de ser felices en éste» (34).

En los tiempos democráticos, el estado social, tornándose inestable, «favorece la volubilidad natural de los deseos» y en medio de las perpetuas fluctuaciones «lo presente se engrandece, oculta el porvenir que se borra y los hombres no quieren ocuparse sino del día siguiente» (35).

(31) *Ibid.*, pág. 450.

(32) *Ibid.*, pág. 451.

(33) *Ibid.*, pág. 568.

(34) *Ibid.*, pág. 569.

(35) *Ibid.*, pág. 569.

Cuando los hombres se acostumbran «a prever con anticipación lo que les debe suceder aquí abajo y a alimentarse con esperanzas, les es difícil contener su espíritu en los límites precisos de la vida, y están dispuestos a traspasarlos para extender sus miradas hacia el más allá» (36).

De esta manera, para Tocqueville, «el medio que permite a los hombres prescindir, hasta cierto punto, de la religión, es quizá, después de todo, el único que nos queda para volver a atraer por un largo rodeo al género humano hacia la fe» (37).

Extraña dialéctica es ésta, montada sobre grandes contrastes del corazón humano y que se desenvuelven como en una marcha ondulada prevista. Tocqueville ejerce en estos enfoques un «pesimismo crítico» —como diría Röpke— y el despliegue de sus consejos parece descansar sobre una idea providencialista que conduce a los hombres. Su mirada, reposando a veces temerosa sobre la gran marcha de los espíritus, se adelanta a su época profetizando las actitudes psicológicas que esta Era de masas ya avecinaba. Hay en Tocqueville una secreta confianza en el ritmo de los tiempos. Su historicismo le permitía sorprender los cambios en las tendencias y en las concepciones humanas, y anticipa desde ellas los nuevos caminos que el devenir iba posibilitando.

Dios mismo iría cambiando su faz a los ojos humanos. En el desprecio de las antiguas formas y los poderes intermedios, «los hombres —en los tiempos democráticos— se hallan dispuestos a concebir una idea muy vasta de la Divinidad misma y su intervención en los negocios humanos aparece con nueva y mayor claridad» (38). Se habitúan a considerar al género humano «como un solo todo, conciben fácilmente que un mismo designio preside todos sus destinos; y en las acciones de cada individuo reconocen la huella de este plan general y constante por el cual Dios conduce la especie» (39).

Esta misma tendencia hacia la unidad de lo divino llevaba también sus peligros. Esa vastedad de la divinidad aparecía a las nuevas multitudes de seres semejantes como descansando, a veces, sobre la especie humana, viviendo articuladamente en los

(36) *Ibid.*, pág. 570.

(37) *Ibid.*, pág. 570.

(38) *Ibid.*, pág. 496.

(39) *Ibid.*, pág. 496.

individuos y proyectándose sobre las cosas, «como las diversas partes de un ser inmenso» (40). El panteísmo como atracción natural de la imaginación en los siglos de igualdad debía ser combatido por todos aquellos «amantes de la verdadera grandeza del hombre» (41) que tendía a adormecerse bajo las grandes imágenes.

Tal vez la religión debiera también rendir su tributo al tiempo —pensaba Tocqueville—. Debía aceptar los consejos de la época, detenerse sobre lo esencial de las creencias y no obstaculizar la corriente de los espíritus. No es para él un cambio radical de las convicciones lo que se vislumbra, sino una nueva manera de acercarse a Dios, directa, plena, quizá mucho más sencilla.

* * *

Todo ese mundo que deslumbra su mirada era un paso más en la carrera del tiempo. Esa emersión de la igualdad sobre las viejas sociedades y en medio de sus ruinas, era el amanecer de un ciclo nuevo. En las últimas páginas de *La democracia en América* resumirá Tocqueville su pensamiento frente a toda esa nueva historia, hecha por «una multitud innumerable de seres semejantes» (42), uniformes, sin aristas, que abatían la vieja gloria del hombre y del mundo.

Su corazón entristecido advierte «que cuando el mundo se componía de hombres muy grandes y muy ruines, muy sabios y muy ignorantes» retiraba su «vista de los segundos para dirigirla sólo a los primeros, y éstos la regocijaban». Esta debilidad —dirá— «nacía de mi debilidad por no poder ver todo de un golpe, escogía y separaba entre tantos objetos los que deseaba contemplar» (43). Al «Ser Todopoderoso no le sucede lo mismo y su vista percibe necesariamente, a la vez, a todo el género humano y a cada hombre. Es natural creer que lo que más satisface las miradas del creador y conservador de los hombres no es la prosperidad singular de algunos, sino el mayor bienestar de todos; lo que parece una decadencia es, a sus ojos, un progreso y le agra-

(40) *Ibid.*, pág. 455.

(41) *Ibid.*, pág. 456.

(42) *Ibid.*, pág. 743.

(43) *Ibid.*, pág. 743.

da lo que me hiera. La igualdad es quizá menos elevada, pero más justa y su justicia hace su grandeza y su belleza. Me esfuerzo para penetrar en este punto de vista de la divinidad y desde él trato de considerar y juzgar las cosas humanas» (44).

Sobre este reino que despierta el espíritu religioso de Tocqueville derrama su aceptación del destino.

En él, dirá, debemos «alcanzar la felicidad y grandeza que nos es propia» (45) y en el camino —agregaría completando sus palabras— una gloria inédita aguardará al nuevo hombre libre.

GUILLERMO JACOVELLA

(44) *Ibid.*, pág. 743.

(45) *Ibid.*, pág. 744.